

Otro establecimiento escolar en la búsqueda de su edificio

OLIVOS. — Obreros que llegan, otros que se retiran, el trepidar de las máquinas y el ruido de los motores, que hablan de trabajo creador, pero que a veces ahogan la voz de las maestras, sirven de telón de fondo, junto con las altas paredes que por los costados sur y oeste la resguardan y ocultan, a la humilde casita familiar transformada en Escuela N° 29, que funciona en Ameghino 1265, de Florida, con la dirección de la señora Juana S. de Comolli.

El establecimiento se viste de gala, con ropaje muy remendado, pero limpio; es una pobreza digna, como la que soportó doña Paula, cuyo rostro parece iluminarse en el busto de bronce que manos infantiles han cubierto de flores, allá en el San Juan lejano. Las paredes ostentan los retratos de los próceres, y el de don Domingo aparenta observar a su madre con la ternura con que la pinta en "Recuerdos de Provincia". Las aulas, siete en total —dos de ellas construidas por la Cooperadora, presidida por don Orlando Cittadini—, dan albergue a cerca de 300 alumnos, atendidos por 17 docentes, que, llueva o truene, se confunden con las obreras de la gran fábrica lindera en el cumplimiento de su deber.

La cal y la pintura cubren las paredes carcomidas por la humedad y les dan una blancura que reverbera con los penetrantes rayos solares; en el centro del patio, el tablado donde los alumnos zapatean malambos, gatos y cuecas en las fiestas de fin de curso; algunos árboles frondosos protegen con su sombra el juego de los niños, bajo la mirada a veces severa, pero siempre dulce, de sus maestras, que en los recreos hablan

de temas y programas... cuando no de la travesura de algún alumno.

Hay en todo esto un drama en potencia: esta escuela deberá irse. Nadie la apura, pero deberá dejar esta casa porque los dueños la necesitan para ampliar la fábrica. No se trata de un acto egoísta de alguien que pudiera reclamar mayor alquiler; es que, yéndose la escuela, en el casi cuarto de manzana que ocupa podrá levantarse un gran edificio donde trabajarán entre 300 y 500 obreros... Serán otras tantas familias que asegurarán el pan de cada día, cuestión que no debe subestimarse, pues es factor primario en la vida. Se busca una solución; ella estaría en la construcción del nuevo establecimiento en los terrenos fiscales situados en las proximidades de Constituyentes y Roca, cerca de la villa de emergencia de donde provienen muchos de los chicos que asisten hoy a sus clases.

Pero, ¿cuándo el Estado construiría? ¿Cuándo la escuela esté en trance o esté ya desalojada? Otra solución sería que las fuerzas vivas de la zona contribu-

yeran a ese fin o bien que la misma gran empresa propietaria llegara a la conclusión de que le convendría hacer la nueva escuela para recuperar antes su terreno y darle el destino adecuado. Realmente, los padres de los alumnos sólo podrán aportar días de trabajo, mas no dinero o materiales. Es el Estado el que debe dar el primer paso para ir buscando la solución con tiempo, sin esperar juicios, con sus consiguientes gastos. Mientras, la escuela sigue, sin prisa ni pausa, irradiando las luces del saber con la tranquilidad de que ese drama potencial no tendrá ocasión de concretarse.

Hemos sido testigos de la ceremonia de arriar la vieja bandera para ser sustituida por una flamante, donada por el Club de Leones de Florida, cuyo presidente, profesor Pedro Roque De Luca, su señora madre y miembros de la entidad comprometieron sus esfuerzos para ayudar a que los niños de este barrio de tanta pujanza industrial y financiera tengan su edificio sano y limpio, digno del nombre de doña Paula Albarra-cin de Sarmiento.